

esa Florinda se ha quejado de mi por haber dado parte de su fraude á las autoridades, cosa que debia hacer toda honrada doncella veneciana, aconsejó á su señor que se apoderase de mi persona, en parte por vengarse, y en parte animado de la vana esperanza de obligarme á retractar mi queja. Ya habrás oido hablar de la audacia y de las violencias que éstos caballeros ejercen cuando se les contrarian sus caprichos.

En seguida refirió prolijamente la treta de que Gino se valiera para apoderarse de ella, ocultando empero los hechos que no la convenia revelar.

— Pero, Annina, es indudable que existe una señora Tiepolo....

— Tan indudable como nosotras somos primas. ¡Santa Madre di Dio! ¿Posible es

que haya en el mundo mugeres tan pérfidas y astutas que así se burlen de la credulidad de una inocente como tú? ¡Ojalá las hubiesen habido conmigo! Bien sabe la gloriosa santa Ana cuanta es mi ignorancia para conocer todas sus tretas; mas con todo, tengo la astucia necesaria para descubrir su verdadero caracter.

— Ellas me han hablado de tí, Annina.

La mirada que la hija del tabernero arrojó sobre su prima, era en todo semejante á la que despide la serpiente sobre la avecilla á quien aturde. Pero siempre dueña de sí misma, respondió:

— No habrá sido en términos favorables. Mucho sentiria que mugeres de esa clase hablasen de mi con elogio.

— No son muy amigas tuyas.

— ¿Te han dicho que estoy asalariada por el Consejo?

— Si

— Nada tiene de extraño. Los viciosos jamás llegan á creer que pueda obrarse segun los impulsos de la conciencia... Mas he aquí que llega el napolitano. Observa bien á ese libertino, Gelsomina; y á buen seguro que ha de inspirarte el mismo desprecio que á mí.

En esto abriéndose la puerta del gabinete entró don Camilo. Notábase en su rostro cierto aire de desconfianza que manifestaba bien á las claras no ser su esposa la que iba á ver. Gelsomina se levantó á su llegada, y aunque luchando con sus primeras impresiones y el efecto que en su

ánimo produjeran las imposturas de su prima, permaneció en pie asemejándose á la estatua de la Modestia, esperando que el duque se acercara á ella. La belleza y candor que se advertía en su rostro llamó de pronto la atención del napolitano; pero frunciendo las cejas, y decidido á no dejarse deslumbrar por las apariencias, dijo:

— ¿Deseabas verme?

— Ese era mi anhelo, noble señor. Mas... Annina...

— Ya entiendo. Al encontrar aquí á otra muger has cambiado de resolución; ¿no es así?

— Si, señor.

Don Camilo la miró con interés y sentimiento.

— Eres muy joven para ejercer tal oficio, querida: toma esas monedas y retírate por donde has venido... Pero aguarda un instante. ¿Conoces á esa Annina?

— Es hija de la hermana de mi madre, noble duque.

— ¡Por Dios, lindo par de hermanas! Idos juntas, pues ninguna de las dos me haceis falta.

— Escucha, Annina, continuó don Camilo asiendo del brazo á la hija del tabernero y llevándola á un lado: ya has visto, la dijo en voz baja y amenazadora, que soy tan temible como el Senado. No has de pasar del umbral de la puerta de tu padre sin que llegue al instante á mi noticia: si eres prudente, darás á tu lengua una leccion de reserva; como gustes, pues no te temo, y cuidado conmigo.

Annina solo respondió con humilde cortesía, en muestras de reconocer toda la importancia del aviso, y tomando por el brazo á su prima casi privada de sentido, saludó por segunda vez y salió apresurada de la estancia. Como los criados sabian que su señor quedaba en el gabinete, nadie trató de oponerse á la partida de las que se retiraban del cuarto privilegiado. Gelsomina, mas impaciente que su prima por abandonar un sitio que miraba como impuro, apenas podia respirar cuando llegaron donde las aguardaba la góndola. El barquero las ayudó á bajar la escalera, y en un minuto las alejó de una casa que ambas deseaban perder de vista, aunque por bien distintas razones.

Era tal la agitacion que sentia Gelsomina, que no cuidó de cubrirse el rostro al salir de la estancia de don Camilo: y apenas hubo entrado en el canal la góndola,

sacó la cabeza por la ventanilla para respirar el fresco ambiente de la noche.

Los rayos de la luna caían perpendicularmente sobre sus ojos llenos de dulzura y de inocencia, y sobre unas megillas animadas entonces con colores debidos en parte á su altivez humillada, y al gozo de verse libre de una situación á su parecer degradante. Tenía puesta la mano en la frente, pero al retirarla advirtió que el gondolero la hacía señas levantando al propio tiempo un poco la máscara.

— ¡Carlos!... iba á gritar; pero otra seña aun mas expresiva la impuso silencio.

Gelsomina se retiró de la ventanilla y cuando cesaron los latidos de su corazón, inclinó la cabeza dirigiendo al Cielo una corta plegaria en acción de gracias por hallarse bajo la salvaguardia de un hombre en quien tenía entera confianza.

El gondolero no preguntó adonde de-

bia conducir las : la barca continuó dirigiéndose al puerto, lo que tuvieron por muy natural las dos primas, suponiendo Annina que se encaminaba á la plaza donde ella pudiese estar sola; pero persuadida Gelsomina de que aquel á quien llamaba Carlos no ejercía otra profesion que la de gondolero, creyó como era regular que la conducía á su morada.

Aunque la inocencia pueda sufrir con valor el desprecio del mundo, no así el de las personas á quienes se ama. Todo cuanto la falsa Annina refiriera á su prima de don Camilo y de las dos damas que dejara en su aposento, acudió de tropel á su imaginacion; y encendiéndosele la sangre al considerar el juicio que podría formar de ella su amante por su conducta, decíase á sí misma con la ingenuidad que la caracterizaba:—Carlos me conoce muy bien, y no concebirá la menor sospecha contra mí...

Sin embargo, obligábala su delicadeza á descubrir la verdad; y como la dilacion en semejantes casos es mas penosa que la misma justificacion siempre humillante para la virtud, salió del pabellon á pretexto de gozar del aire, dejando sola á Annina, á quien no la pesó quedarse, pues necesitaba reflexionar sobre todos los rodeos de la tortuosa senda que hasta entonces siguiera.

— ¡Carlos! dijo al gondolero luego que salió del pabellon, viendo que continuaba remando en silencio.

— ¡Gelsomina!

— ¿No me haces ninguna pregunta?

— Sé de lo que es capaz tu pérfida prima, y pienso que eres presa de sus engaños. Ya llegará dia en que te penetres de la verdad.

— ¿Me conociste cuando te llamé desde el puente?

— No. Solo trataba de buscar un parroquiano para no malgastar el tiempo.

— ¿Y por qué dices que mi prima es pérfida, Carlos?

— Porque no hay en Venecia un corazon mas alevoso ni una lengua mas falsa.

Recordó entonces Gelsomina las palabras de doña Florinda. Annina era prima suya y habia sabido inspirarle la natural confianza que una joven inexperta concede siempre á la supuesta integridad de una amiga, hasta que llega á desvanecerse la ilusion. Annina habia logrado convencer á su prima á muy poca costa que las dos damas á quienes abrigara en su casa eran unas criaturas despreciables; pero en

aquel instante hallábase Gelsomina al lado del hombre á quien tenia por mas veraz que nadie en el mundo, y acusaba este abiertamente á Annina. En semejante perplejidad, la turbada doncella obró segun los preceptos que su corazon y naturaleza la sugirieron. Refirió sin titubear y en voz baja al supuesto Carlos todos los incidentes de aquella noche, y cuanto la habia dicho su prima sobre la conducta de las dos damas que habia dejado en la carcel.

— Basta, dijo Jacobo despues de haber escuchado con tal atencion á Gelsomina, que hubo de parar en su faena dejando flotar el remo á merced del agua; todo lo he comprendido. Guárdate de dar crédito á cuanto diga tu prima, pues el Senado es menos falaz que ella.

Estas palabras, dichas con firmeza, aunque con precaucion, impusieron á Gelsomina de cuanto queria decirle. En segui-

da se retiró al pabellon admirada de lo que acababa de oir, y el gondolero continuó bogando como si nada hubiera pasado entre los dos.